

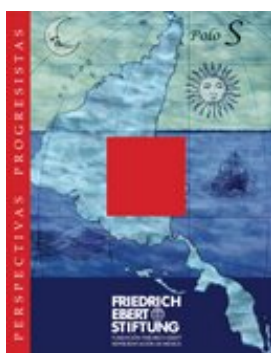


Transfiguraciones de la izquierda

Jorge Alcocer

**FRIEDRICH
EBERT 
STIFTUNG**

*Publicación editada por la Fundación Friedrich Ebert en México. Las opiniones vertidas en los documentos que se presentan, así como los análisis y las interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja, necesariamente, los puntos de vista de la Fundación.
Perspectivas Progresistas*



Perspectivas Progresistas

Con el nacimiento de *Perspectivas Progresistas*, publicación de la Fundación Friedrich Ebert en México, pretendemos animar el debate público para pensar México desde miradas progresistas así como ofrecer una plataforma para el diálogo entre actores socio-políticos, académicos e intelectuales identificados con una concepción moderna y democrática de la centro-izquierda.

www.fesmex.org

Las opiniones expresadas en este documento, que no ha sido sometido a revisión editorial, son de la exclusiva responsabilidad del autor y pueden no coincidir con las de la Fundación.

Publicación de la Fundación Friedrich Ebert en México

Copyright, FESMEX 2007. Todos los derechos reservados.

La autorización para reproducir total o parcialmente esta obra debe solicitarse a la Fundación Friedrich Ebert en México. En caso que contrapartes deseen reproducir esta obra, sólo se les solicita que mencionen la fuente e informen a la Fundación de tal reproducción.

Fundación Friedrich Ebert (FESMEX)

Yautepec 55, Col. Condesa

Tel: 55535302

Fax 52541554

CP. 40123



Transfiguraciones de la izquierda

*Jorge Alcocer*¹

En 1981 Roger Bartra me invitó a escribir un texto para la revista *El Machete*. A su invitación, y a lo que escribí, debo hasta la fecha algunas de mis irresolubles diferencias con Jorge G. Castañeda.

Bartra era uno de los intelectuales que militaban en ese entonces en el PCM. Irreverente; contumaz provocador de ideas, inició en aquella época su propia transfiguración, que lo llevó a ser el original pensador de hoy, cuyo único compromiso es con sus propias ideas.

Cuando me convocó a este seminario, le hablé de un tema que me ha perseguido por años, “las transfiguraciones de la izquierda mexicana”; él me animó a narrar mi personal experiencia, la que además me da gusto compartir con un dirigente de esa izquierda de la que por casi tres lustros fui militante, el ahora senador Pablo Gómez.

¹ Ponencia presentada el 23 de abril de 2007 en el marco del Seminario de Estudios Avanzados organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM con el apoyo de la Fundación Friedrich Ebert: “Izquierda, democracia y crisis política en México: posibilidades de una socialdemocracia en México”, coordinado por el Dr. Roger Bartra y el Dr. Francisco Valdés Ugalde.

En julio de 1992, hace casi 15 años, fui yo quien convocó; Bartra aceptó participar en el seminario “*El futuro de la izquierda en México*”. Me entregó su texto con una pregunta como título: “¿Es necesaria la izquierda?”.

Sigo sin tener respuesta a esa pregunta, aunque afirmo que si la izquierda mexicana no fuese hoy necesaria, las ideas de Bartra lo seguirán siendo.

Para los fines de la primera parte de este ensayo, entiendo por *transfiguraciones de la izquierda* los cambios experimentados a partir de 1981 por el Partido Comunista Mexicano (PCM)¹ hasta desembocar en la creación y registro legal del Partido de la Revolución Democrática (PRD). La segunda parte está dedicada a una reflexión sobre el curso del que, sin lugar a dudas, es identificado como partido principal de la izquierda mexicana.

La primera transfiguración ocurrió en 1981 con la desaparición del PCM y el nacimiento del Partido Socialista Unificado de México (PSUM). Ese cambio se ha explicado desde un solo ángulo o propósito: la unidad de las izquierdas en un mismo partido. Se ha dejado de lado otro: la crítica al socialismo entonces realmente existente y el rompimiento con los dogmas del marxismo-leninismo. Esa crítica se había iniciado como reacción a la invasión soviética a Checoslovaquia (1968) y en los siguientes años iría adquiriendo tintes cada vez más claros con el estrechamiento de relaciones entre el PCM y algunos partidos comunistas europeos, especialmente el Italiano, el Francés y el Español² y nuestro acercamiento a las posiciones teóricas y programáticas del entonces denominado “eurocomunismo”.

La legalización y registro electoral del PCM (1977) –después de casi cuatro décadas de privación de derechos–³ abrió un amplio espacio para la reflexión interna. La participación electoral y la consecuente entrada de legisladores del PCM-Coalición de Izquierda a la Cámara de Diputados (1979) vinieron a iluminar las catacumbas en que había vivido –de manera impuesta– el viejo partido.

La luz se reflejó en una revista mensual que vino a revolucionar el debate interno, *El Machete*, cuyo primer número apareció en mayo de 1980, dirigida durante los 15 meses de su existencia por Roger Bartra.⁴

El abandono de la dogmática imperante, en su versión doméstica del marxismo-leninismo, encontró una primera estación terminal en el XIX Congreso del PCM. La “dictadura del proletariado”, el “centralismo

democrático”, el “internacionalismo proletario”, la “superioridad del PCUS y la defensa de la URSS”, fueron puestos a debate y en casi todos los casos abandonados y sustituidos por nuevas concepciones.⁵ No fue casual que el obsequio del PCUS –el hermano mayor– al XIX Congreso del PCM haya sido un fino tapete bordado con la imagen de Vladimir Ilich Lenin. En aquel Congreso se enfrentaron dos posiciones que adquirieron notoriedad por sus denominaciones zoológicas: los *dinos* y los *renos*; por extraña paradoja, los primeros quedaron del lado de la renovación, los segundos en la interesada defensa de los dogmas.

Dicen que Lenin decía que las pugnas por el poder se disfrazan con debates ideológicos; el XIX Congreso del PCM tuvo los dos componentes. Al final de ese Congreso la dirección histórica del PCM, y el control que ejercía sobre el pequeño pero eficiente aparato partidista, hicieron posible la renovación ideológica y programática sin rupturas catastróficas del núcleo dirigente.

Habiendo recuperado sus derechos legales en 1977, el PCM había conformado para las elecciones de 1979 la Coalición de Izquierda, que conformó el primer grupo parlamentario en la Cámara de Diputados. Coordinado por Martínez Verdugo, aquel grupo pionero integraba personalidades tan destacadas como Valentín Campa, Ramón Danzón Palomino, Gilberto Rincón Gallardo, Alejandro Gascón Mercado y el propio Pablo Gómez, que inició ahí su ya larga carrera como parlamentario.

Debe de haber sido a mediados de 1981 cuando Arnoldo Martínez Verdugo, quien recién había regresado de una visita a los países del Este, la URSS y Cuba, se reunió con Eduardo González Ramírez (fallecido en 1989) y con el autor de este ensayo, para narrarnos sus experiencias en esa gira. Después de una larga explicación, Arnoldo, nuestro respetado líder, nos compartió su drástica conclusión (la repito como la recuerdo): el comunismo no va a ningún lado; los crímenes cometidos en su nombre jamás podrán ser olvidados. Tenemos que ir a otra parte –dijo– abrir otras opciones, ir al encuentro de la unidad de las izquierdas.⁶

Arnoldo nos expuso su proyecto de dar paso a la disolución del PCM a través de la fusión con los partidos, entonces sin registro legal, que habían integrado la Coalición de Izquierda, y el Partido Mexicano de los Trabajadores, dirigido por el ingeniero Heberto Castillo Martínez.⁷

En agosto de 1981, previas conversaciones con el propio Castillo y otros dirigentes, Martínez Verdugo presentó al Comité Central del PCM la atrevida propuesta de fusión, que fue aprobada por abrumadora mayoría. De inmediato se instalaron comisiones conjuntas para elaborar los documentos básicos del nuevo partido y definir la propuesta de nombre y emblema. Al poco tiempo, el Movimiento de Acción Popular (MAP) solicitó incorporarse a las conversaciones unitarias; la propuesta contó con el apoyo del PCM y fue aceptada, no sin reservas, por los demás partidos.

A la postre, la incorporación del MAP fue el argumento esgrimido –en privado– por el núcleo dirigente del PMT para abandonar el proceso unitario, a escasos días de su culminación. Ante la opinión pública el argumento fue otro: la discrepancia con el nombre del nuevo partido “Socialista Unificado de México”, y con el emblema –la hoz y el martillo. El escritor Carlos Monsiváis propuso públicamente una ingeniosa solución ecléctica: que el emblema del nuevo partido fuera “la hoz y el castillo”.⁸

El 19 de noviembre de 1981 el PCM celebró su XX y último Congreso Nacional, que aprobó la fusión propuesta. Al día siguiente, 20 de noviembre, se celebró la Asamblea de fundación del Partido Socialista Unificado de México (PSUM) que aprobó los documentos básicos y eligió a Arnoldo Martínez Verdugo como su candidato presidencial para los comicios de 1982. Apenas iniciada su campaña, Martínez Verdugo criticó duramente el golpe de Estado en Polonia, lo que motivó deslindes y hasta amenazas de ruptura por parte de los grupos y tendencias prosoviéticos al interior del PSUM.

La campaña de Martínez Verdugo fue aprovechada por él mismo y por un amplio grupo de intelectuales y académicos para impulsar el más vasto ejercicio de análisis y elaboración programática que la izquierda mexicana haya realizado hasta hoy.

En documentos y discursos el PSUM y su candidato presidencial lanzaron propuestas concretas para los problemas concretos del México de aquellos días. Sin embargo, las tensiones internas del nuevo partido estaban siempre presentes.

Fue el propio Martínez Verdugo quien logró acuñar en una frase el resultado de aquel plural esfuerzo creativo: “la revolución democrática”, entendida como una revolución pacífica impulsada y apoyada por las mayorías, dentro del orden constitucional.

Aunque el PSUM mantuvo a lo largo de su existencia relaciones privilegiadas con el PCUS y los demás partidos del bloque socialista y desde luego con el PC Cubano, fue evidente que las atrevidas decisiones de los comunistas mexicanos enfadaron sobremanera a los guardianes del dogma detrás del Muro. A partir de 1983, en los cursos para extranjeros de la escuela de cuadros del PCUS en Moscú, los documentos básicos del PSUM eran de obligada lectura dentro del módulo “revisionismo actual”.⁹

Los resultados electorales de 1982 estuvieron lejos de las expectativas despertadas por la campaña de Martínez Verdugo. Aunque en el DF el porcentaje de votación superó el 10, en el conjunto del país al PSUM se le reconoció menos del 6 por ciento de la votación nacional, Tres años después el resultado electoral fue todavía más desalentador, además de que el voto por la izquierda se fraccionó por el registro legal de dos nuevos partidos, el PMT y el PRT.

El secuestro de Arnoldo Martínez Verdugo, ocurrido en agosto de 1985 a manos del Partido Revolucionario Obrero Clandestino Unión del Pueblo (PROCUP) puso a prueba la consecuencia ideológica del partido. Aunque el PSUM condenó el secuestro y a sus autores, en abierto deslinde y dura crítica a cualquier “forma de lucha” por fuera de los cauces constitucionales, el propio Martínez Verdugo incumplió su oferta de realizar el balance crítico de esa experiencia.ⁱ

La segunda transfiguración ocurrió en 1986, con la creación del Partido Mexicano Socialista (PMS), resultado de un forzado proceso de unidad a toda costa, alimentado en buena medida por los magros resultados electorales de un año antes. Pablo Gómez, entonces secretario general del PSUM, condujo las negociaciones poniendo por delante sus visiones y su deseo de mantenerse al frente del nuevo partido. Lo recuerdo sin ánimo de provocación, mucho menos de ofensa. Visto a la distancia, el error fue colectivo. El debate ideológico y programático fue hecho a un lado; las corrientes prosoviéticas/procubanas dentro del PSUM habían ganado terreno, pese a la salida de la mayoría de los dirigentes que encabezaba Alejandro Gascón Mercado, cuya ruptura, por cierto, fue alimentada en el conflicto político y personal entre Pablo Gómez y el propio Gascón.ⁱⁱ

En términos de ideología y programa la creación del PMS fue un retroceso, o si se quiere mirar en forma benévola: un estancamiento, explicado, entre otras causas, por la incorporación a ese partido de corrientes identificadas por su abierto prosovietismo o su incongruencia democrática (los

disidentes del PST, que rompieron con Rafael Aguilar Talamantes al cambiar éste el nombre del partido a PFCRN; los ex guerrilleros de la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) o la corriente que había formado parte del grupo extremista autodenominado “los enfermos” en Sinaloa). La mayor aportación fue la incorporación del PMT, pero éste arribó en condiciones de extrema debilidad, después de la traumática ruptura entre Heberto Castillo y Demetrio Vallejo. Las luchas internas dentro del PSUM se habían agudizado para ese entonces.ⁱⁱⁱ La elección de Gilberto Rincón Gallardo como secretario general del PMS ocasionó el rompimiento del grupo dirigente proveniente del PCM-PSUM, nuevos alineamientos y nuevos problemas.

El PMS fue un partido aún más efímero que el PSUM. Su existencia transcurrió en medio de luchas intestinas y tempranas disputas por las candidaturas para la siguiente elección federal (1988). Pese a los esfuerzos de Gilberto Rincón Gallardo y del grupo que en sus ideas se inspiraba, las aportaciones del PMS para seguir avanzando en la superación del dogmatismo fueron escasas; tampoco se abrió paso al necesario debate y entendimiento de las nuevas realidades que empezaban a surgir en el campo de la izquierda, tanto en México como en el mundo. La transfiguración de 1986 fue la más efímera de las hasta hoy vividas.

A finales de 1987 surgió la Corriente Democrática (CD) del PRI, encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano y Porfirio Muñoz Ledo. En su surgimiento y en el cisma que causó la CD tomó como bandera la crítica de los procesos internos del PRI y la reivindicación de la herencia de la Revolución Mexicana, a la que consideraba traicionada por el “neoliberalismo” de Miguel de la Madrid. En un primer momento, la mayoría de los dirigentes del PMS, en especial el núcleo proveniente del PSUM, vimos con recelo la aparición de la CD, considerándola como manifestación de una lucha interna en el grupo en el poder, no como una expectativa de alianzas con la izquierda; mucho menos pasaba por nuestra cabeza la idea de conformar un nuevo partido con los disidentes salidos del PRI.

Sin embargo, después de septiembre de 1987, la eventualidad de la candidatura presidencial de Cárdenas llevó a Heberto Castillo, para ese momento ya candidato presidencial del PMS, a reconsiderar la situación y avizorar una posible alianza con Cárdenas como candidato presidencial de un frente amplio de la “izquierda nacionalista”.

Castillo incluso le propuso a Cárdenas, en una reunión privada, de la que habló solamente con algunos dirigentes del PMS, declinar su candidatura y

proponerlo en su lugar. A decir de Castillo, Cárdenas le ofreció meditar sobre la propuesta, sin informarle de sus conversaciones con el PARM y otros partidos. A los pocos días Cárdenas aceptó la candidatura del PARM, luego del PPS y el PFCRN. En las filas del PMS existía un abierto y público repudio a esos partidos, a los que calificábamos, con justificadas razones, de satélites del PRI. Para Heberto la decisión de Cuauhtémoc fue como una bomba a la que reaccionó con agrias críticas que terminaron por dañar, de manera irreparable, la relación política entre ambos.

La tercera trasfiguración de la izquierda se inició con la declinación de Castillo a la candidatura presidencial y la postulación de Cárdenas por el PMS, acuerdo bilateral de por medio entre nuestro partido y la CD. Recordemos que el PMS nunca se integró formalmente al FDN. Incluso después del 6 de julio de 1988 solamente aceptó coordinarse en la defensa del voto y la participación en la Comisión Federal Electoral, pero no formó parte de la dirección colectiva del FDN.

Heberto no declinó su candidatura presidencial motivado solamente por una encuesta –levantada por Ana Cristina Covarrubias, ahora tan famosa.^{iv} Efectivamente, esa encuesta anticipaba un resultado de entre 4 y 5 por ciento para Castillo y el PMS, mientras que Cárdenas ya superaba el 20 por ciento. Quizá pesaron más en el ánimo de Heberto otros factores: por un lado, la capacidad de movilización que Cárdenas demostraba, cuya expresión más dolorosa para Heberto fue el multitudinario mitin en Ciudad Universitaria. Otro factor era interno: en el PMS empezaron a crecer los agrupamientos que reclamaban su declinación a favor de Cárdenas; incluso algunos integrantes de la Comisión Política del PMS iniciaron pláticas directas con este último ofreciéndole su apoyo.

En mayo de 1988 Castillo declinó su candidatura y el PMS registró a Cárdenas como su candidato presidencial. La Comisión Federal Electoral se negó a sustituir el nombre de Heberto en la boleta. Nuestra votación se mantuvo en los rangos históricos; los grandes beneficiarios del voto cardenista fueron los partidos integrantes del FDN, que de la noche a la mañana vieron acrecentada su presencia en la Cámara de Diputados.

El 6 de julio de 1988 la vida política de México experimentó un vuelco. La generalizada convicción de que Cárdenas fue víctima de un fraude electoral permanece hasta la fecha.

Después de agotadas las movilizaciones en defensa del voto, en octubre de 1988 Cárdenas lanzó la convocatoria a la creación y registro del Partido de la Revolución Democrática (PRD). En esa convocatoria había una decisión políticamente significativa: el nuevo partido obtendría registro para sí mismo. La idea del núcleo dirigente de la CD no era ir a un mismo partido con los “comunistas” del PMS, sino abrir un amplio abanico de alianzas.

La idea más clara de la estrategia la tenía Porfirio Muñoz Ledo, segundo de a bordo de la CD, quien planteaba mantener al FDN, con Cárdenas como su líder incuestionable, y una alianza estable entre el PMS y el PRD, con la eventual participación del PPS, PARM y PFCRN.^v En el trasfondo de tal visión se encontraba un proyecto mucho más ambicioso: desfondar al PRI atrayendo hacia el PRD al ala nacionalista que se mantenía en la militancia tricolor.

El PMS facilitó a sus principales cuadros operativos para ayudar al cumplimiento de los requisitos legales y obtener el registro del nuevo partido. Me correspondió coordinar los trabajos para la recopilación de las actas notariadas de las asambleas distritales (150 era el número mínimo exigido entonces por la ley). El objetivo no pudo cumplirse y la estrategia originalmente planteada por los dirigentes de la CD se vino abajo.^{vi}

El PPS, PARM y PFCRN habían roto lanzas con el proyecto de crear el PRD, por tanto menos aún estaban dispuestos a cederle el registro legal. Se produjo entonces el gesto más generoso, y también más polémico, que partido alguno hubiese dado no sólo en México, sino en el mundo: el PMS decidió desaparecer para entregar registro legal y patrimonio al PRD. No se trató, como en 1981 y 1986, de un proceso de unidad. Fue una rendición.

En el primero y último Congreso Nacional del PMS, éste decidió adoptar los documentos básicos aprobados por la Asamblea de Fundación del PRD (5 de mayo de 1989) y cambiar su nombre por el de PRD.

El nuevo partido no se consideraba de izquierda, tal y como lo había pedido el propio Cárdenas apoyado por su grupo más cercano, salido como él de las filas del PRI. En la dirección provisional del naciente PRD los dirigentes provenientes del PMS fuimos reducidos a una mínima expresión. Se iniciaron entonces una feroz lucha interna por desplazar a “los comunistas” de las escasas posiciones de mando que se les habían otorgado, y un intenso debate sobre la naturaleza del naciente partido, al cual se definió como “el partido que nació el 6 de julio”.^{vii} La historia de la vieja izquierda empezó a ser borrada de la memoria del nuevo partido.

El debate ideológico dio paso a decisiones drásticas del grupo dirigente en el seno del PRD; al iniciar 1990 se produjo la primera purga interna contra “los comunistas y sus aliados”: por decisión de la mayoría de los integrantes del Comité Ejecutivo, Heberto Castillo, Arnoldo Martínez Verdugo, Gilberto Rincón Gallardo, Porfirio Muñoz Ledo y Jorge Alcocer fueron destituidos de sus cargos. Los dos últimos permanecimos como representantes del PRD ante la Comisión Federal Electoral en tanto concluía la reforma electoral cuyas negociaciones habían principiado en enero de 1989.^{viii}

En el primer Congreso Nacional del PRD, celebrado en noviembre de 1990, el anatema contra los comunistas adquirió tintes de calumnia; algunos fuimos acusados de tener “negociaciones secretas” con el gobierno de Carlos Salinas para desplazar al ingeniero Cárdenas.

En el nuevo partido se afianzó la definición que lo consideraba heredero de la Revolución Mexicana; prácticamente todo vestigio de la palabra “socialismo” fue borrado de los documentos básicos. El cardenismo se implantó como la ideología oficial del nuevo partido.^{ix} Los comunistas éramos apenas reconocidos como una más de las corrientes fundadoras; nuestra radical y generosa decisión de entregar registro legal y patrimonio al PRD pronto fue olvidada. La propuesta original para la integración del primer Consejo Nacional incluía a no más de diez dirigentes provenientes del PCM-PSUM. Después de un abierto enfrentamiento, logramos llevar a ese Consejo a casi treinta dirigentes, que sin embargo representaban menos del 10 por ciento. Cuando el presidente del PRD, Cuauhtémoc Cárdenas, presentó la propuesta para integrar el Comité Ejecutivo Nacional, la representación de los comunistas en ese órgano quedó reducida al mínimo.

Hasta hoy me sigo preguntando por nuestros errores en aquel proceso. No tengo todavía una respuesta cabal. Pero creo que podíamos haber ideado otro camino.

Del tema discutí en largas conversaciones con mi amigo y camarada Eduardo González, quien después de la declinación de Heberto Castillo, de cuya campaña había sido coordinador, se había refugiado en el Centro de Estudios de la Economía Nacional, creado por él en 1982. Con Heberto y Rincón Gallardo analicé la situación en que nuestra corriente política había quedado en el PRD; iguales conversaciones sostuve con los sobrevivientes del MAP, José Woldenberg, Pablo Pascual, Adolfo Sánchez Rebolledo y Arturo Whalley.

Comunistas de antaño, críticos abiertos de la desaparición de nuestro propio partido, como Froylán López Narváez y Humberto Musacchio, compartieron aquellos amargos y retadores días.

La publicación de una polémica con Adolfo Gilly, en la revista *Nexos*, desató en mi contra una oleada de ataques. Fui acusado de ser amigo de Luis Donaldo Colosio, entonces presidente nacional del PRI, y también de Diego Fernández de Cevallos, representante del PAN en la CFE— lo que siendo cierto en nada afectaba mi lealtad y compromiso con el PRD—; mis negociaciones para buscar una convergencia puntual con el PAN y el diálogo con el gobierno y su partido a fin de impulsar una reforma electoral de fondo fueron desautorizadas, sin haberme informado de tal decisión.

Como apunté antes, el primer Congreso del PRD fue el punto de saturación. Después de ese Congreso las calumnias arreciaron. A instancias de Heberto Castillo y de Rincón Gallardo hablé con Cuauhtémoc Cárdenas y creí haber llegado con él a un compromiso de mutuo respeto, basado en mi retiro voluntario de cualquier cargo en los órganos de dirección ejecutiva del PRD.

Por desgracia, el acuerdo no se cumplió. En la primera sesión del Consejo Político Nacional del PRD —electo en el Congreso de noviembre de 1990— notifiqué mi decisión de renunciar no sólo a los cargos de dirección, lo que había hecho previamente, sino a la militancia en ese partido. El 15 de diciembre de 1990 presenté mi renuncia al PRD.

Con Cuauhtémoc Cárdenas y la mayoría de los fundadores del PRD mantengo hasta hoy una buena relación, de respeto mutuo, y con muchos, hasta de cordialidad.

Del cardenismo al pobrismo

En los dos primeros años de su existencia la radicalización del PRD corrió al parejo de la caída en su votación. Salvo el caso de Michoacán, en los demás estados las votaciones por el nuevo partido regresaron a los niveles previos que la izquierda —sumada— obtenía. En 1991 vino la confirmación de la debacle: el PRD obtuvo menos del 8% de los votos en todo el país. Ese fue el año de la recuperación del PRI, que alcanzó el 54% de los votos; también fue el último año de su dominio absoluto en la ciudad de México: ganó los 40

distritos electorales. Fue esa la última elección federal bajo control del PRI y del gobierno.

El mismo día en que en México se contaban los votos de la primera elección federal organizada por el IFE, con el PRD como participante –18 de agosto de 1991–, en la URSS se producía el golpe de Estado en contra de Mijail Gorbachov. El hecho no mereció ninguna declaración del PRD. El muro de Berlín había caído antes, sin que en el PRD tal acontecimiento mereciera una posición oficial.

Ni la desaparición de la URSS, ni el desplome electoral, desanimaron al radicalismo perredista, obsesionado con las elecciones de 1994. Uno de los intelectuales por ese entonces más cercanos a Cárdenas acuñó la frase “El PRD es la licencia de conducir de Cuauhtémoc”.^x

No obstante, el número de afiliados al PRD no paraba de crecer, alimentado por las constantes elecciones internas, que desde entonces se impusieron como parte de la rutina perredista. Por eso, según cifras oficiales, podría superar al PRI en número oficial de afiliados. En esas luchas, disfrazadas como “democracia interna”, el PRD vio llegar a sus filas a la segunda camada de cuadros fugados del PRI, complementada por algunos dirigentes de los partidos, que habiendo formado en 1988 al FDN, en 1991 perdieron registro legal.

Los dirigentes experimentados en las tareas del aparato partidista, en la conformación de organismos estatales o municipales, en la formación de células, ahora llamadas organismos de base, se refugiaron en los cargos de elección popular en las cámaras federales, los congresos locales y los ayuntamientos. Ante el embate de la corriente proveniente del PRI, que se había tomado los cargos dirigentes, los cuadros provenientes de la izquierda empezaron a agruparse en corrientes internas, que después serían conocidas como “tribus”.^{xi}

La idea del PRD como “partido que no es partido” cobró vida y carta de legitimidad.

Al iniciarse el proceso electoral de 1994 nadie discutía el derecho de Cuauhtémoc Cárdenas a su segunda candidatura presidencial. El “pueblo cardenista”, expresión casi religiosa, lo llevaría a la silla presidencial para reanudar la “revolución interrumpida” (Gilly *dixit*). El PRD seguía, a principios

de 1994, fiel a sus pretendidos orígenes, sin admitirse, ni por asomo, como un partido socialista.^{xii}

El 1º de enero de 1994 un relámpago irrumpió en el aparentemente tranquilo cielo de la sucesión presidencial: un grupo armado, encabezado por un encapuchado, declaró, en nombre del socialismo, la guerra al Estado mexicano. Pocos días después la opinión pública sabía que el grupo era el EZLN y su líder, el *subcomandante Marcos*.

La primera reacción en los círculos de la izquierda fue de rechazo, expresada de manera contundente en el editorial que publicó el diario *La Jornada*, dirigido por Carlos Payán Vélver,^{xiii} a lo que siguió, en cuestión de horas, el reavivamiento de un debate no saldado, ni siquiera hoy, por la izquierda mexicana, menos aún por el PRD: “la legitimidad de todas las formas de lucha”, incluida la lucha armada.

Bajo la vieja y antidemocrática tesis de que era válido “combinar todas las formas de lucha”, una parte de la izquierda se entregó al apoyo del EZLN.

A partir de entonces el PRD ha vivido en la dualidad de ser un partido con un líder que pretende llegar a la presidencia mediante el voto, aceptando y acatando las reglas del juego democrático, y actuar como grupo de presión que se mueve en el filo de la navaja del respeto al orden constitucional, en una peculiar lectura de la soberanía popular y el derecho del pueblo a modificar la forma de su gobierno.

En agosto de 1994 los resultados electorales fueron decepcionantes para el PRD. En la elección con mayor porcentaje de participación obtuvo el tercer lugar. Obcecada en encerrarse en sus propios mitos, la dirigencia perredista atribuyó el resultado a la “perversidad” del sistema priísta que, dijo, utilizó el “miedo” como instrumento de su propaganda. Puede que así haya sido, pero la pregunta sigue siendo por qué el PRD no hizo nada para ahuyentar el miedo de la conciencia de los electores. Las denuncias del fraude cayeron en el vacío. Fue la primera elección sin control del gobierno; la más vigilada, aunque no la más equitativa.

Después de 1994 el PRD vivió una etapa de parálisis. Dejó pasar la oportunidad de ocupar un espacio como fuerza con capacidad de interlocución y negociación con un gobierno al que ya no podía calificar como ilegítimo. De nueva cuenta cedió todo el espacio al PAN, como lo había hecho después de las elecciones de 1988 y 1991.

La elección presidencial de 2000 marcó el principio del fin de la etapa cardenista del PRD. El “voto útil” a favor de Fox, al que algunos personajes de la izquierda convocaron (simpatizantes e incluso colaboradores de Cárdenas entre 1988 y 1994) selló el final de ese proyecto.

Sin detenerse a reflexionar sobre la debacle del régimen priísta, el PRD otorgó a Vicente Fox un voto de confianza. La historia es tan reciente que sigue plagada de pasiones. El guanajuatense, al que Porfirio Muñoz Ledo cedió su candidatura presidencial y aclamó casi como un héroe el 2 de julio de 2000, es hoy considerado por los perredistas un “traidor a la democracia”.

En ausencia de una reflexión de fondo sobre los significados de la alternancia y el fin del régimen priísta, lo que hizo el PRD fue limitarse a cambiar de caudillo adoptando, casi por reflejo, al jefe de gobierno de la ciudad de México como su nueva estrella. La proclividad del PRD al caudillismo quizá tenga explicación en sus genes priístas y en el culto a la personalidad heredada del estalinismo. Pero ese tema bien merece otro seminario.

La llegada al PRD de priístas decepcionados, que estuvo en su origen y después había ocurrido por goteo, a partir de 1997 se convirtió en caudaloso afluyente que derivó, en 2006, en turbulento río.^{xiv} Con el paso del tiempo, el PAN se convertiría también, aunque en mucho menor escala, en beneficiario del desplome priísta.

Sólo que el río Jordán se habría quedado seco de haber sido la fuente en que los conversos salidos del PRI fueron bautizados para declararlos partidarios del socialismo. La consecuencia de esa visión fue que Andrés Manuel López Obrador reeditó en 2005 la fallida estrategia aliancista que tanto le costó al PRD en 2000.^{xv} Es decir, pagar a precio alzado por alianzas sin votos. Llama la atención que en esa política el PRD siga haciendo caso omiso de los notorios vicios que practican sus aliados en el ahora Frente Amplio Progresista, mientras que mantiene una actitud de recelo hacia la formación más novedosa y esperanzadora de la izquierda, me refiero al partido Alternativa Socialdemócrata.

Pero no es éste el espacio ni el momento para hablar de la campaña presidencial del PRD en 2006.

La siguiente transfiguración

La pregunta ha rondado este seminario cada lunes: “¿qué depara el destino para el PRD?”. Esa pregunta está directamente ligada a la otra que se ha hecho aquí mismo “¿qué hará el PRD con López Obrador?”, o a la inversa, que no es lo mismo.

Retomo las expresiones de Jesús Ortega y de quienes con él hablan de llevar al PRD a su nueva transfiguración. Esta vez para convertirlo, al menos declarativamente, en partido “de corte socialdemócrata”.

Hace 15 años Bartra se preguntaba si el socialismo, después del hundimiento del bloque y la desaparición de la URSS, se había convertido en un cascarón sin contenido, o artificialmente lleno de contenidos que se toman prestados de otras tradiciones, de otras fuentes, de otras ideologías.^{xvi} La izquierda convertida, para citar a uno de los ponentes en este seminario, en el “cangrejo ermitaño” que se refugia, como parásito, en un caparazón prestado, con los ojos por delante, caminando para atrás.

Recupero la pregunta y afirmo que antes de admitir la etiqueta “socialista” para la identidad del PRD, es necesario hacerles la pregunta: ¿De qué socialismo están hablando?

No se vale mudar de piel sin antes realizar la crítica de la tragedia social y humana que significó el llamado “socialismo real”, y también de los polvos que sobreviven de aquellos lodos.

Lula, Hugo Chávez, Evo Morales, Nestor Kirchner, Tony Blair, Rodríguez Zapatero, Kim Jong Il, hijo y heredero del dictador de Corea del Norte, al que los dirigentes del PT hace unas semanas rindieron tributo y homenaje, ¿cabén todos en el amplio abanico del “socialismo” del siglo XXI?

Dijo Mao que sólo el socialismo salvaría a China. Deng Xiao Ping le corrigió la plana: “Sólo el mercado salvará al socialismo”. ¿Es China hoy el modelo de socialismo para el siglo XXI?

Repito la pregunta: ¿de cuál socialismo hablamos?

El socialismo no puede ser, creo, una idea aldeana, una fórmula a “la mexicana”.

Abrir las ventanas, mirar al mundo, ésa es la primera tarea de quienes pretendan mantener el ideal socialista como su bandera.

La aparente solución: seamos “socialdemócratas”, puede ser un salto al vacío, otro caparazón para esconder la desnudez ideológica, la pobreza del análisis, la conversión de “los pobres” en el nuevo sujeto del cambio social.

Es en el campo de las ideas donde la izquierda mexicana aparece impotente, ya no digamos para emprender, como en el PCM o el PSUM, la travesía por el desierto en búsqueda de nuevas ideas, sino incluso para propiciar el debate que las haga posibles.

Tal impotencia quizá sea el producto de la tensa coexistencia de las dos pulsiones que siguen presentes en la izquierda mexicana: de un lado la izquierda radical, pura y dura, anclada en los dogmas, dominada por los reflejos antisistema. Esa izquierda desprecia al partido y sus reglas, aunque lo aprovecha, como al sistema que dice combatir, para ocupar cargos públicos. Los radicales de la izquierda siguen apelando al movimiento, aunque estén en el parlamento. Valoran en alto el Zócalo lleno con puños en alto; desprecian el trabajo en las cámaras legislativas.

Del otro lado tenemos personalidades y corrientes, dentro del PRD, ciertamente comprometidas con la democracia y el cambio a través de las vías institucionales. Pero lo que observo es la preminencia del discurso del radicalismo antisistema.

Permítanme usar para el caso de México la descripción, recientemente escrita por un viejo amigo, comunista italiano, al que le pedí su análisis de la reciente crisis del gobierno de Romano Prodi:

“Trotskistas airados, ecologistas furibundos, profetas revolucionarios no mayormente definidos, antagonistas del sistema por definición (que no por otra cosa) se encuentran en la gran contradicción de ser miembros del Parlamento regularmente electo en un sistema democrático y, al mismo tiempo, estar en contra de ese sistema, algunas veces por nimiedades. Es algo, digamos así, que lleva a una situación de esquizofrenia política, que a su vez causa desconcierto y aleja a los ciudadanos comunes de la misma política, entendida como quehacer de convivencia civil y de elaboración de lo posible, y no necesariamente como acción que lleva a trastocarlo todo.”

Mi amigo cita al filósofo y psicoanalista, también italiano, Umberto Galimberti, que advierte: “Quienes se atienen a la dictadura de la conciencia no deben hacer política, porque su conciencia no prevé ninguna responsabilidad colectiva, sino solamente la observación de los propios principios”. (Leonardo Lombardi, en *Voz y Voto* núm. 170, abril de 2007).

Estoy cierto de que la nueva transfiguración que cabe exigir a la izquierda mexicana es asumir a plenitud su responsabilidad colectiva, que parte del respeto a la convivencia social y a las instituciones que la hacen posible.

La llamada “izquierda revolucionaria” es casi siempre hipócrita o ingenua –no sabemos qué es peor. Vive atrapada en sus fantasmas; es perpetua evocadora de agravios mientras cobra las dietas que le otorgan sus cargos públicos.

México merece y requiere una izquierda que haga de su quehacer tarea de convivencia social, de elaboración y conquista de lo posible. Agrego: sin renunciar a lo deseable. Una izquierda que renuncie a trastocarlo todo, para empeñarse en cambiar lo inadmisible. Con líderes respetados y respetables, no con un caudillo todopoderoso.

No cancelemos la esperanza de contar en México con una izquierda democrática, en su raíz y razón, en su discurso y su práctica.

Si esa izquierda fuese imposible... habría que volver a intentarlo.

En las sesiones de este coloquio semanal pude constatar una conducta que me hace conservar la esperanza. Hemos hablado de la izquierda, de convicciones y creencias; de las elecciones de 2006, de Andrés Manuel López Obrador y del presidente de México, Felipe Calderón. Del PRI, PAN, PRD y también de la otra izquierda.

La firmeza de las ideas, la dureza de las palabras, no han sido obstáculo para el respeto mutuo, la tolerancia y la civilidad.

Celebro que la UNAM siga siendo casa del pensamiento y la palabra.

“Hoy –escribió Roger Bartra hace quince años– hemos retornado al punto de partida para enfrentarnos a nuevas decisiones morales: la diferencia es que ahora sabemos que la historia no nos absolverá”.^{xvii}

Quizá la nueva transfiguración deba empezar por el principio; con un sentido *mea culpa*, resumido en la ingeniosa frase que en 1992 le escuché a mi amigo Adolfo Sánchez Rebolledo:

“¡Proletarios de todos los países... discúlpennos!”

México, D.F., 23 de abril de 2007

Notas:

¹ El PCM fue fundado en 1919. Se extinguió, por voluntad propia, en 1981.

² A partir de finales de la década de los 70 del siglo pasado, el PCM fue señalado por la propaganda soviética como un partido cada vez más cercano a las tesis del “eurocomunismo”.

³ El PCM vivió una casi novelesca historia desde su fundación –1919– y sus peripecias con y sin derechos legalmente reconocidos. Entre su fundación y 1946 el PCM entraba y salía de la clandestinidad conforme los humores e intereses del presidente de la república en turno.

⁴ La revista *El Machete* apareció en 1980; después de 15 ediciones mensuales, desapareció como resultado de los compromisos para la fundación del PSUM. Raúl Castro, hermano de Fidel Castro, llegó a calificarla como expresión del “extravío reformista del PCM”.

⁵ El debate se publicó en la revista *El Machete* y en el semanario *Oposición*. Sus resultados se plasmaron en las “Tesis” para el XIX Congreso del PCM.

⁶ Eduardo González había estado en Moscú en 1979, en la escuela especial para cuadros extranjeros. En 1981 era integrante de la Comisión de Estudios Económicos del CC del PCM.

⁷ Formaban la Coalición de Izquierda el Partido del Pueblo Mexicano, dirigido por Alejandro Gascón Mercado; el Partido de la Revolución Socialista, encabezado por Roberto Jaramillo, y el Movimiento de Acción y Unidad Socialista, heredero del POC, encabezado por Miguel Ángel Velasco y Carlos Sánchez Cárdenas. El PMT, fundado por Heberto Castillo y Demetrio Vallejo a finales de los años setenta, solicitó registro legal en 1977, pero le fue negado. Después de su separación del proyecto PSUM, obtuvo registro legal para las elecciones federales de 1985 y colocó su propio grupo parlamentario, dentro del cual figuraron, además del propio Castillo, Rosario Ibarra de Piedra, Pedro Peñalosa y Eduardo Valle.

⁸ Para el registro periodístico de aquellos hechos, véase la revista *Proceso*.

⁹ En 1983 visité Moscú. En la “Universidad de los Pueblos, Patricio Lumumba”, los becarios latinoamericanos estaban obligados a cursar la materia “revisiónismo en América Latina”, cuyo texto base eran los documentos del PSUM: igual ocurría en la escuela de cuadros del PCUS.

¹⁰ El PROCUP justificó su ilegal acción exigiendo la devolución de los fondos entregados a Lucio Cabañas por el secuestro de Rubén Figueroa, que supuestamente habían ido a parar a manos del PCM. Antes que a Arnoldo Martínez, el PROCUP había secuestrado a Félix Bautista, pero el hecho se mantuvo en secreto. Bautista fue liberado pocos días después que Arnoldo; llegó a ser diputado federal por el PRD.

¹¹ Alejandro Gascón y sus seguidores abandonaron el PSUM en 1982. En el partido permanecieron dos de los dirigentes originales del PPM.

¹² Véase la revista *Proceso* y el diario *La Jornada*.

¹³ La encuesta fue aprobada por Heberto Castillo, quien revisó personalmente el marco muestral y las preguntas. Se le informó de su resultado en la reunión celebrada por la Comisión Política del PMS en Oaxtepec en abril de 1988. Eduardo González, coordinador de campaña de Heberto, le pidió tomarse unas horas para pensar su decisión. El candidato le respondió: “ya me aventé a la alberca, no puedo detenerme”. Al día siguiente anunció a los dirigentes del PMS su renuncia a la candidatura.

¹⁴ En su casa, Porfirio Muñoz Ledo expuso a Gilberto Rincón, Eduardo González y al autor de este ensayo su idea. Su rechazo a tomar para el PRD el registro del PMS lo sintetizó preguntando a Rincón “¿quién irá a Moscú por el oro, tú o yo?”.

¹⁵ El expediente oficial fue encomendado por Cárdenas a un notario público de su confianza en el DF. Me correspondió recibirlo; certificaba la realización de 148 asambleas distritales, dos menos que el mínimo legal exigido.

¹⁶ En la asamblea fundacional –5 de mayo de 1989– a propuesta de Manuel Moreno Sánchez, se suprimió del proyecto de Estatutos el cargo de secretario general del PRD, lo que liquidó las aspiraciones de Muñoz Ledo. Me correspondió presidir la sesión y hacer la declaración formal de constitución del PRD. En las fotos oficiales que se exhibieron diez años después, fui borrado.

¹ La reunión tuvo lugar en la casa de Ricardo Pascoe Pierce, quien años después fue embajador de Fox en Cuba. Ninguno de los destituidos fuimos citados.

¹ El Congreso tuvo lugar en el cine Ópera del DF.

¹ La frase se atribuyó a Jorge G. Castañeda, quien en 1989 había accedido al círculo íntimo del ingeniero Cárdenas.

¹ El surgimiento, desarrollo y actualidad de las llamadas “tribus” del PRD merece un ensayo por separado.

¹ Véase la revista *Nexos*, en la que se publicó el debate sobre el origen e ideología del PRD.

¹ Véase *La Jornada*, 2 de enero de 1994.

¹ Salvo Amalia García en Zacatecas, los casos van desde Ricardo Monreal, antecesor de Amalia en ese estado, a Alberto Sánchez Anaya en Tlaxcala, Leonel Cota en Baja California Sur, Gabino Cué en Oaxaca, hasta seguir en Colima, Nayarit, Sonora, Sinaloa, Nuevo León, Guerrero, Tabasco, Chiapas y DF.

¹ El núcleo dirigente de la campaña de López Obrador fue integrado por Ricardo Monreal, Socorro Díaz, Leonel Cota Montaña, Manuel Camacho, Federico Arreola y José Agustín Ortiz Pinchetti. Fue el primer equipo de campaña presidencial sin participación de alguno de los fundadores del PRD. Aunque Jesús Ortega Martínez fue designado coordinador de campaña por López Obrador, su papel fue más bien de enlace entre las Redes Ciudadanas y los comités del PRD.

¹ Bartra, Roger. “¿Es necesaria la izquierda?”, en *El futuro de la izquierda en México*, CEPNA/FES, México, 1992.

¹ *Ibidem*.



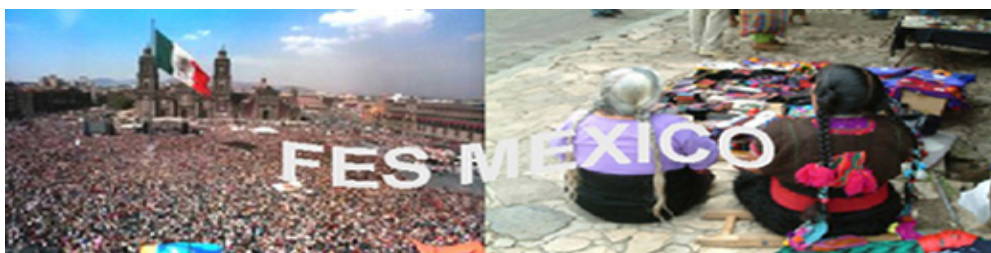
Perspectivas Progresistas ofrece un espacio para la innovación de ideas e interpretaciones sobre México; puente de pensamiento entre puntos de vista de la centro-izquierda y ámbito de discusión sobre el tipo de sociedad con que sueña y a la que aspira la “ciudadanía” mexicana.

www.fesmex.org

Sobre el autor.

Fue dirigente en los partidos Comunista Mexicano, Socialista Unificado de México, Socialista Mexicano y de la Revolución Democrática, del que se separó en diciembre de 1990. Actualmente es director de la revista *Voz y Voto* y coordinador general del Centro de Estudios para un Proyecto Nacional Alternativo, S.C. (Cepna).

jorgeav55@yahoo.com.mx



La Fundación Friedrich Ebert en México

La Fundación Friedrich Ebert (FES) es una institución privada sin fines de lucro, comprometida con las ideas y los valores de la democracia social. Su nacimiento data del año 1925, debe su nombre a Friedrich Ebert, primer presidente alemán democráticamente elegido. Hoy en día los ejes centrales del trabajo de la FES son justicia social, democracia activa, fomento de la investigación, reforma social y estrategias políticas para la configuración de una globalización incluyente.

Nuestra oficina en México es una de las más antiguas de América Latina; en 1969 comenzó sus primeras actividades. En la actualidad, el trabajo de la FESMEX se organiza a través de tres programas: a) diálogo político e internacional, b) diálogo sindical y de género y, c) fortalecimiento de capacidades de actores socio-políticos identificados con la centro-izquierda. Ofrecemos plataformas de reflexión sobre la política exterior mexicana, su papel como actor regional y global; diálogos para la modernización de los sindicatos, la democracia sindical, el fortalecimiento de capacidades para su acción internacional y herramientas para una inserción equitativa y competitiva en la globalización. La formación política de nuevos liderazgos democráticos y progresistas ocupa un lugar central de nuestros esfuerzos, así como la asesoría a nuestras contrapartes en conceptos políticos innovadores, tales como: participación política femenina, política social, seguridad ciudadana y espacios públicos, migración y desarrollo fronterizo, calidad de la política, ciudadanía y democracia comunicacional.

